

GRACIAS, DIANA

MARIBEL ROMERO SOLER

edebé

MARIBEL ROMERO SOLER

GRACIAS, DIANA



MARIBEL ROMERO SOLER

GRACIAS, DIANA



MARIBEL ROMERO SOLER

GRACIAS, DIANA



Capítulo uno

La culpa fue de la lluvia. Todos los planes de los últimos seis meses se los había llevado el agua.

Desde que Fer supo que los Claxon Bit actuaban en la capital de la provincia, una luz de ilusión se había encendido en su menguado ánimo de los últimos tiempos. Y por ese sendero de optimismo había arrastrado también a Diana, su novia, que ahora se consideraba tan fan como él del grupo roquero. Sin embargo, una inoportuna tromba de agua desmoronaba el castillo que con tanto anhelo habían construido ambos en el aire. Se trataba de la típica gota fría que de vez en cuando asolaba el Mediterráneo, auténticas riadas que se llevaban por delante coches, personas y todo lo que encontraban a su paso. La alerta era máxima, y la anulación del concierto se había producido esa misma mañana. Para colmo de males, los organizadores todavía no habían ofrecido una fecha alternativa para cumplir con el contrato y realizar el espectáculo, ni se habían pronunciado sobre la devolución del importe de las entradas. Fer las había adquirido el primer día de ponerse a la venta. La suya y la de Diana. Era el regalo que pensaba hacer a su chica por su cumpleaños, un regalo adelantado que encerraba un deseo oculto: el de pasar la noche con ella. Habían conseguido la increíble hazaña de convencer a sus padres para que los dejaran pernoctar fuera de sus respectivas casas el día de la actuación, con la excusa de que estarían a cuarenta kilómetros de distancia y de que el concierto acabaría de madrugada. Fer presumía de que en realidad él no necesitaba el permiso de nadie para hacer lo que le viniera en gana, puesto que ya contaba con los dieciocho años que lo convertían ante la ley en mayor de edad. Sin embargo, Diana todavía tenía diecisiete, y se había dedicado en los últimos meses a camelar a sus padres para que consintieran que pasara una noche fuera del hogar. Los dos soñaban con ese

momento. Por primera vez, solos, después de un año de relación. Fer había logrado que un compañero de universidad le prestara un pequeño apartamento que compartía con otros estudiantes en la capital. Esa noche lo dejarían libre para él y su novia, ya que sus habituales ocupantes, que también pensaban asistir al concierto, no tenían intención de regresar a casa tras la actuación de los Claxon Bit, sino de continuar la juerga por la ciudad y acabarla en la playa.

Pero la lluvia lo había fastidiado todo.

Ahora eran las diez de la noche y ya no caía ni una gota, para mayor escarnio de los jóvenes, que se sentían burlados por los caprichos de la meteorología. La imagen mojada de la ciudad ofrecía, a la luz de las farolas, el brillo de un espejo, y pequeños riachuelos avanzaban por las calles como si buscaran desesperadamente el mar. Por un momento, Fer pensó que quizá los organizadores se habían precipitado cancelando el concierto, aunque seguramente habían seguido instrucciones de Protección Civil; además, tratándose de un estadio de fútbol el lugar donde iba a celebrarse, era muy probable que, a pesar de haber dejado de llover, aquello se hubiera convertido en una gigantesca piscina.

La pareja paseaba de la mano, sorteando charcos, por la principal avenida de bares y locales de ocio. Habían tomado una hamburguesa y se disponían a regresar a casa, sin prisa, disfrutando del único espectáculo posible en aquella noche, el del agua sobre las cosas.

—Es increíble, qué mala suerte tengo —dijo Fer—, a perro flaco todo son pulgas.

—Tampoco hemos sido los únicos fastidiados. ¿Sabes que se habían vendido todas las entradas? ¡Son miles! —aseguró Diana.

—Ya, pero es que ni siquiera han dicho cuándo devuelven la pasta.

—Pero la devolverán, ya verás. Un grupo de la categoría de los Claxon Bit no puede quedar mal ante su público. Seguro que en los próximos días solucionan este imprevisto.

—Es que hay algo más —añadió Fer con cierto apuro—. No te puedo hacer otro regalo para tu cumpleaños hasta que no me devuelvan el dinero.

—¿Y qué importancia tiene eso? —Diana se detuvo y tiró de la mano de su chico hasta conseguir que este se girara y la mirara a los ojos—. Sabes que lo único importante para mí eres tú.

—Claro, pero cuando dentro de un mes aparezca por tu fiesta con las manos vacías voy a quedar como un imbécil. Ya imagino lo que dirán tus amigas.

—Llegarás con las manos vacías porque el regalo ha sido el concierto —repuso Diana.

—Sí, pero no ha habido concierto, y cualquiera en estas circunstancias tendría un plan B.

—Me basta con que tengas un plan Q.

—¿Plan Q?

—Sí... Quiéreme.

—Eso siempre.

Se fundieron en un beso que los detuvo durante varios segundos frente a la puerta del ayuntamiento. La fachada de piedra del edificio, iluminada con luces amarillas, se presentaba como el escenario perfecto para una pareja de

enamorados. Un perro vino a romper el encanto del momento con sus carreras y ladridos, mientras el dueño, gritando su nombre, esperaba inútilmente ser obedecido por el can.

Fer y Diana retomaron el paseo con sendas sonrisas en los labios.

—¿Sabes una cosa? Mis amigas dicen que tú y yo no vamos a durar mucho tiempo. Ellas aseguran que me vas a dejar —apuntó Diana sin mirar a su novio.

—¡Oooh, qué simpáticas tus amigas! ¿Se han comprado una bola de cristal o sencillamente les gusta tocarme las bolas?

—¡¡¡Feeeeerrrrr!!!

—¿Ves como me tienen manía?

—Simplemente piensan que un chico, cuando va a la universidad, deja de interesarse por una chica que aún sigue en el instituto. Eso es todo.

—¡Vaya tontería! Además, tú también irás a la universidad el próximo año. Es lo más absurdo que he oído en mi vida. Y ofensivo, por cierto.

Diana decidió cambiar de tema.

—¿Cómo siguen las cosas por tu casa? —preguntó entonces.

—Bueno, algo mejor, parece que mi padre empieza a animarse.

El padre de Fer, ingeniero de profesión, llevaba varios años en paro y más de seis meses sin percibir ningún subsidio.

Como tantas otras familias, la suya había sido castigada duramente por la crisis y no habían remontado todavía. Debían la hipoteca y un préstamo que habían solicitado años atrás para cambiar de coche y, aunque afortunadamente su madre conservaba su trabajo como secretaria en una importante empresa de exportación, a duras penas llegaban a fin de mes.

—Ten un poco de paciencia, hay que comprender su situación.

—¿Comprender? ¿Sabes que el otro día insinuó que había pensado en el suicidio? Le dije: «Papá, si lo hicieras alguna vez, te juro que soy capaz de escupirle a tu cadáver, así que no esperes que me deshaga en lágrimas».

—¡Hala, qué bestia eres!

—No puedo con los débiles, Diana. ¿Crees que esa es una solución? Mi padre es un hombre preparado y puede encontrar otro trabajo.

—Ya, pero el momento es muy delicado. Hay muchos ingenieros en paro y no lo tienen fácil para encontrar empleo a su edad. Fíjate en la cantidad de gente que está emigrando.

—Pues oye, lo que le dije funcionó. De estar tirado todo el día en el sillón lamentándose de su mala suerte, ha pasado a examinar todas las páginas laborales disponibles en Internet. Le veo otro ánimo.

—Me alegro, pero sigo pensando que le dijiste una burrada.

—A veces es necesario un buen bofetón para hacer reaccionar a la gente.

Diana lo miró estupefacta.

—Es una metáfora, mujer —concluyó Fer con una sonrisa burlona.

Habían llegado al portal del edificio donde vivía Diana. Eran las once de la noche y seguía sin caer ni una gota de agua. Las lluvias torrenciales típicas de la zona eran impetuosas, salvajes, incontrolables, pero duraban un suspiro. Todo el daño lo causaban en minutos, aunque sus consecuencias, a veces, duraran años.

Un beso en los labios les sirvió de despedida.

—Mándame un *whatsapp* cuando llegues —pidió Diana.

Él asintió y, lanzando un último beso con la mano, comenzó a caminar en dirección a su casa.

Capítulo dos

Las calles se presentaban bastante desiertas, a pesar de ser viernes. Era evidente que a nadie le apetecía pisar charcos. Mientras se dirigía a su casa, Fer iba dándole vueltas a su situación familiar. Lo que no le había contado a Diana era que sus padres pensaban vender el coche. Lo tenían decidido. Vivían en una ciudad muy bien comunicada por transporte público, además de que tampoco existían distancias dentro del casco urbano que no se pudieran recorrer a pie. Se trataba de una forma de estabilizar la economía familiar. No solo se quitarían un préstamo de encima, sino que ahorrarían en gasolina, seguro e impuestos. Fer estaba bastante concienciado con el problema y procuraba no ser una carga para el presupuesto doméstico; nunca exigió a sus padres la paga semanal, que sí disfrutaban todos sus amigos, y en la medida de lo posible recurría a sus propios ahorros para sufragar cualquier gasto. Pero que ven-

dieran el coche le molestaba. Había logrado sacarse el carné de conducir en un tiempo récord gracias a un trabajo de fin de semana en una cafetería de su barrio. Había sido un empleo esporádico, destinado exclusivamente a conseguir el dinero que le permitiera pagarse el carné, y ahora, cuando soñaba con disfrutar de mayor independencia, realizar algún pequeño viaje con Diana, o sencillamente desplazarse a la playa, se iba a quedar sin coche. «Maldita crisis, que no se acaba nunca», dijo para sus adentros.

La familia de su novia vivía con mayor holgura. Sus padres eran abogados con despacho propio y les iba bien. Diana había insistido a Fer en que se matriculara en Derecho, la nota conseguida en selectividad se lo permitía, y era la carrera que ella pensaba cursar cuando accediera a la universidad, convencida de que de ese modo podrían acabar trabajando juntos en el bufete familiar; pero él no quería favores y se había decantado por las Ciencias Ambientales, una carrera con escasas salidas profesionales en tiempos difíciles. Ahora estaba un poco arrepentido de su decisión. «¿De qué sirve el orgullo? —se preguntaba—. Hace falta un trabajo para vivir, y yo me preocupo de que mis colegas no piensen, si acabo en el bufete de mis futuros suegros, que soy un enchufado. Anda ya, lo que soy es idiota».

No descartaba cambiar de carrera en el siguiente curso, coincidiendo con la entrada de Diana en la universidad, pero por el momento tenía que seguir con sus clases, no podía ahora abandonar los estudios; lo que menos necesitaban sus padres eran nuevos sobresaltos que perturbaran su ya complicada existencia.

Pasaba de nuevo por la puerta del ayuntamiento, donde media hora antes había protagonizado con su chica un beso de película. Se fijó en la piedra de la fachada, labrada por los años y la erosión, pero todavía en pie. Así ocurría

con las personas. El tiempo, las preocupaciones o las vivencias las iban transformando en algún sentido, pero tenían la obligación de seguir creciendo, de enriquecer con la experiencia cada minuto de su vida.

El sonido del WhatsApp lo obligó a sacar el móvil del bolsillo. Era Diana. «¿Has llegado ya?», preguntaba. Fer sonrió. «Ni que fuera un tren de alta velocidad», pensó. No obstante, para evitarle preocupaciones, escribió como respuesta: «Sí, duerme tranquila».

Un puñado de emoticonos con besos y corazones aparecieron en pantalla. Fer mandó un OK y después cerró el WhatsApp.

Diana, su chica, la razón de su felicidad. Se conocían desde primero de secundaria. Habían coincidido en la misma clase al comenzar el instituto, a pesar de que ambos procedían de diferentes colegios de primaria. No era una niña especialmente llamativa, pero desde el principio se mostró abierta y simpática. Era la más bajita de todas sus compañeras, usaba *brackets*, le sobraba algún kilo, y su cabello rojizo y un poco encrespado le confería cierto aspecto de loca. No obstante, Fer se hizo amigo suyo en los primeros días de curso. Le parecía muy graciosa, además de lista y buena colega. El amor, no obstante, había nacido más tarde, a medida que el patito feo se fue convirtiendo en un hermoso cisne. Ahora se presentaba como una atractiva pelirroja que hacía volverse a la gente a su paso. Y si no llamaba más la atención era por su discreta manera de vestir y actuar. Pero lo que más le gustaba a Fer, por encima de sus largas piernas, bellos ojos color miel o labios perfectos, era su enorme generosidad, ese gran corazón que le palpitaba dentro del pecho. Sin duda, era afortunado. No le extrañaba que todos sus amigos envidiaran su suerte.

Fue al finalizar primero de bachillerato cuando comenzaron su relación, pero se consolidó totalmente en segundo. Ese año se habían dejado llevar demasiado por los sentimientos y las notas se resintieron, tanto que a ambos les quedaron asignaturas pendientes al acabar el curso. Cuatro a Diana, dos a Fer. El segundo pudo superarlas, aprobar bien la selectividad e ingresar en la universidad. Diana tuvo peor suerte y repetía curso con dos asignaturas. Para los padres de la joven supuso un gran disgusto, y Fer sabía que lo consideraban culpable de ese bajón en el rendimiento académico de su hija, pero la propia Diana le restaba importancia. «No me siento preparada para ir a la universidad —les decía—, me vendrá bien un año más de instituto». Y en el instituto continuaba, con algunas amigas también repetidoras y nuevos compañeros, mientras Fer ya había iniciado el interesante camino que le abría la enseñanza superior.

Estaba ya cerca de su casa y se le ocurrió adelantar por la calle de la iglesia de San José, un espacio solitario, aunque no especialmente peligroso, que desembocaba en un pequeño parque. Al otro lado se encontraba su domicilio. Iba caminando inmerso en sus pensamientos cuando, de pronto, algo llamó su atención; era un pequeño objeto tirado en el suelo. Brillaba de manera poderosa y Fer se aproximó para examinarlo mejor. Se trataba de una estrella de seis puntas, parecía de oro, y en su centro refulgía una piedra roja espectacular. «¿Será un rubí —se preguntó Fer—. ¡Mira por dónde, ya tengo regalo para el cumpleaños de Diana! —siguió elucubrando—. ¿Pero cómo puedo ser tan cutre?, ¿regalarle una baratija encontrada en el suelo?».

Tocó la estrella con la punta del zapato y el brillo pareció intensificarse. «Es que no está nada mal, si le pongo una cadena quedaría un colgante precioso. ¿Y si es oro?».

Miró en todas las direcciones para cerciorarse de que estaba completamente solo y, como si fuera un ladrón a punto de cometer un robo, la adrenalina se le disparó. Se agachó con un movimiento rápido y recogió la estrella.

«¡¡Ay!!, ¿qué es esto?». El objeto no llegó a permanecer ni tres segundos en su mano. Lo soltó inmediatamente. Quemaba. Fer se miró la palma a la espera de encontrar las señales de la quemadura, pero la piel aparecía blanca, lisa y sin ningún signo de irritación. Cabreado le dio una patada y la estrella fue dando tumbos hasta colarse por una boca de alcantarilla, desapareciendo de su vista el brillo que lo había cegado. Inmediatamente comenzó a encontrarse mal, sentía que se le nublabla la visión, un sudor frío le perlaba la frente, y con movimientos casi de robot consiguió alcanzar un banco de los muchos que había instalado el ayuntamiento por diferentes zonas de la ciudad. Tomó asiento sin importarle que estuviera mojado. El pantalón vaquero y la sudadera empezaron a empaparse de agua. Echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos.

—¿Pero de dónde vienes a estas horas? —La madre de Fer abrió la puerta y se encaró a su hijo con disgusto.

—Mamá, no me encuentro bien.

—¿Pero qué te pasa? ¿Se puede saber de dónde vienes?

—insistió la madre.

—Vengo de dejar a Diana en su casa.

—¿A estas horas? Pues he estado a punto de llamarla. Porque tu padre no me ha dejado, que si no... Como tú no contestabas al teléfono...

Fer miró a su madre confundido.

—Voy a mi cuarto, estoy muy mareado.

—Tienes mala cara, hijo, ¿has comido algo que te haya podido sentar mal?

—He tomado una hamburguesa, solo eso.

—¿Y beber? ¿Has bebido alcohol?

—Sabes que no me gusta el alcohol, mamá. He bebido un refresco de naranja.

Fer se adentró en su dormitorio y se tumbó en la cama. Su padre no tardó en aparecer para interesarse por él.

—¿Qué te pasa, hijo? ¿Cuándo has empezado a encontrarte mal? —le preguntó.

—Hola, papá. No sé, hace un momento, cuando estaba llegando a casa. Por favor, quiero estar tranquilo.

Los padres de Fer observaban a su hijo sobre la cama con gesto preocupado. Tenía la cara pálida y sudorosa, la respiración agitada, los ojos entrecerrados... Realmente presentaba muy mal aspecto.

—Voy a prepararte una manzanilla —anunció la madre.

Pero en ese momento Fer se levantó de la cama como un resorte y salió disparado hacia el cuarto de baño.

—Voy a vomitar —dijo.

Cerró la puerta y dejó a sus padres al otro lado. Apenas unos segundos más tarde escucharon un estruendo, como si el mueble que contenía las toallas y los productos de aseo se hubiera precipitado contra el suelo. Abrieron alar-